



Año VI.—Núm. 275
BARCELONA
19 Abril 1930

LA REVISTA DE LOS NIÑOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Copons, 3 y 5 (junto Gran Vía Layetana). — BARCELONA
APARTADO DE CORREOS, núm. 711

10
CÉNTIMOS

HUEVOS DE PASCUA

EN muchos países es tradicional la costumbre de festejar la Pascua de Resurrección con huevos, y ello da lugar a que la industria explotando tan añeja costumbre, realice pingües beneficios en las proximidades de aquel día.

Esta costumbre existe en muchos pueblos cristianos, y parece tener un origen simbólico que arrancaría de la Iglesia primitiva, pues algunos dicen que se relaciona la Resurrección del Señor con la salida del polluelo de su cascarón, sin embargo hay opiniones muy opuestas.

Entre los paganos el huevo se miraba como símbolo místico del origen de los seres y del mundo. Los primitivos católicos, en Pascua ofrendaban cestos de huevos a los clérigos para que a su vez los repartieran entre las personas de su familia. Son muchos los que atribuyen el origen de los huevos de Pascua a una manifestación de alegría o de júbilo, por la abstinencia del consumo de los mismos durante los ayunos de Cuaresma.

Existen pintores y obras escultóricas antiguas en las que se ve a Cristo con el estandarte de la Pascua saliendo de una sepultura de forma de huevo. En la edad moderna se ha introducido la costumbre de pintar los huevos de Pascua de varios colores, adornarlos con gran lujo y hacer con ellos objetos de arte de pastelería que sirven para regalos.

En algunas regiones constituyen el obsequio obligado de los padrinos y madrinas a sus ahijados y ahijadas, a quienes sacaron de pila.

En China hasta 100 años después de Jesucristo, se celebraba la fiesta de la renovación de la Naturaleza por el calor de la primavera; durante ella estaba prohibido encender fuego; por lo mismo había que preparar de antemano alimentos que no se corrompiesen y entre éstos se echaba mano de los huevos cocidos duros los cuales se pintaban también y eran objetos de mutuo regalo entre parientes y amistades.

CORALÍN



EL RINOCERONTE Y EL OSO

IBA por el campo, sin rumbo, un oso pardo, de esos que antaño solía llevar un hombre de pueblo en pueblo y lo hacía bailar al son de un organillo. Olfateando por allá, el oso fué a dar, sin querer, a la residencia del rinoceronte.

El rinoceronte, que es un respetable personaje en el mundo de los animales, vivía a orillas de un río, en el que se pasaba casi todo el día bañándose.

El oso quiso pasar de largo, sin llamar la atención del rinoceronte, pues no le gustaban las relaciones con animales más fuertes que él, pero el dueño de casa notó en seguida la presencia del intruso y, asomando el morro y los ojos a la superficie del agua, preguntó con voz gruesa pero amable:

—Buen día, amigo: ¿qué anda haciendo por esos lados?

—Voy de caza, amigo, voy de caza—repuso el oso.

—¿Cazandó? ¿Qué es lo que piensa cazar por aquí?

—¡Bah! Estoy cazando hombres: Un oso como yo no caza sino hombres. ¿A usted no le gustan los hombres?

—¡Qué esperanza! No soy carnívoro. Prefiero unas matas de hierba fresca. ¡Nada de sangre, amigo!

—Pues yo—dijo el oso con cierto orgullo—soy omnívoro. Como de todo. Lo mismo un montón de frutas que un hombre...

—En ese caso, ¿por qué no come frutas? Por aquí las hay en abundancia.

—Porque tengo el capricho de comer hombres—repuso secamente el oso—. Y a propósito: noto en el suelo huellas de un hombre. Ha pasado por aquí. ¿Vamos a buscarlo?

—No—contestó el rinoceronte—. Yo me quedo tranquilo en mi casa donde nada me falta. Le aconsejo que haga lo mismo.

—Me iré solo.

Y en efecto, el oso reanudó la marcha olfateando las huellas del hombre. Entretanto pensaba que el rinoceronte era un tonto, porque siendo tan fuerte no se había atrevido a perseguir al hombre. ¡Cómo le envidiaría cuando le contara que había devorado a...



No terminó el pensamiento. Sintió un temblor en todo el cuerpo y se desplomó. Acababa de sonar una detonación. El hombre cuyas huellas seguía el oso, era un cazador. Sorprendió a la fiera y la mató de un tiro, sin pensar, por supuesto, que aquel oso había dicho momentos antes que su mayor placer lo constituía poder cazar a un hombre y hacerlo su almuerzo.

Bañándose junto a la ribera solitaria, el rinoceronte decía:

—No me parece razonable que el amigo oso se tome tanto trabajo para ir a buscar un alimento que en realidad no necesita; que haga como yo y nunca le faltará nada, pues demasiado sabemos nosotros los animales que muchas veces cuando uno pretende salir de caza lo más fácil es que salga cazado, y sobre todo en estos tiempos en que, como ya que-

damos pocos, los hombres, nuestros principales enemigos, nos persiguen sin piedad.